

La señora no ve luz sino por sus ojos; debemos callarnos, por consiguiente.

—He aquí, replicaba la Mary, lo que me da pena; ver á la señora enamorarse de una ave de paso hallada en las calles de Nápoles, y traerla con el fin de que meta la zizaña en la familia. ¡Quién lo hubiese dicho! Yo no he dejado de inculcar los buenos principios en la cabeza de la señora: ¡como la tratára yo!: no gallearía, de seguro bajo mi dirección, no, de veras. No omito ahora los consejos excelentes; más forzoso es decir que aquella maga de Nápoles ha conseguido hechizarla con su papismo; y que por ello la señora no hace caso de nadie. ¡Ay! Hasta un ciego lo vería; la quiere tanto, que la mocosa, dándole, dándole me pervierte á las pobres criaturas, que yo educaba con tanto afán. No las conozco desde que miss Julia se ha puesto á disparatar con ellas todo el día.

—En parte continúan siendo siempre vuestra sometidas, replicó una mujer adulatora; les dais lección; y las podreis oportunamente suministrar el contraveneno.

—¡Prontó lo has dicho! respondía suspirando miss Mary; es preciso ver las cosas en la práctica, y no teóricamente; entón-

ces es harina de otro costal. Es verdad que aún estoy en el mundo; mas Julia las enseña lo que place á las muchachas; á tocar el piano, á coger las mariposas y á dar brincos; claro es que las niñas sin juicio van detrás de quien las entretiene con semejantes diversiones, y mandan á paseo á quien las educa con severidad. Veo y no veo el fruto de mis sudores: conspira todo para que aumente mucho su descaro, y debo navegar contra la corriente. ¿No sabes que hasta el señor John (había vuelto pocos días antes) va detrás de ella como un perro?

—¿También le habrá encantado su boquita de miel?

—¿Qué dices? un caballero distinguido como John no se deja engañar por una bailarina italiana. Ella es la que no concluye de enroscarse á su alrededor, á fin de atarlo con sus melindres lisonjeros.

—¡Oh! ¿Con que ella es quien lo busca?

Miss Mary, con el fin de ocultar la contradicción en que había incurrido por el odio; replicó:—Un poco el uno y un poco la otra. Por fortuna, ojos tengo aun, y ciertas cosas las veo sin necesidad de gafas. Procuraré también hablar; y si no

soy atendida, quien sufra el mal, con su pan se la coma.

—Decís bien, miss Mary. Ahora sois más necesaria que nunca.—

La interlecutora se marchó contenta, por haber consolado con frases gratas á la celosa miss Mary, pero aún más contenta en su corazón por advertir que había dejado de tener la sartén del mango, yendo á las manos de Julia, más ligeras y más serviciales.

Sabía luégo Julia estos chismes por Kelerina, que se juzgaba en el deber de tenerla muy al corriente de lo que sucedía, para bien de las dos. Todo lo decía, por más que al oirla Julia cantar, pusiese á veces la mano en su boca, diciéndola.— En estos lábios estaría bien una mordaza, ó á lo ménos algunas puntadas. Eres demasiado habladora; sabe que ciertas cosas no necesito saberlas.—No le disgustó sin embargo, á la joven enterarse de las necesidades de miss Mary referentes á John. Eran las menos creíbles, y manifiestamente inventadas por la perversa intención de hacer daño. Se propuso únicamente proceder con mucha mayor circunspección, y quitar el más leve pretesto para las habladurías.

Verdad es que semejantes precauciones eran completamente inútiles, porque John según la excelente costumbre de las buenas familias inglesas, veía sólo á la maestra en la estancia de su madre, ó en el salón de la tertulia, á vista de todos. En ella por su índole agreste y reservada, era agradable y accesible lo mismo que un oso. Tratábale Julia, para domesticarle, con singular respeto; no dejaba de informarse de su salud, y obtenía por respuesta *yes* y otros monosílabos de especie parecida; cuando lograba un cortés *I thank you, miss Julia*, conseguía una gran victoria; si luégo las pequeñas, loqueando con la joven, lograban hacer asomar á sus labios una media sonrisa, el triunfo era estupendo, y llegaba el gozo de la madre á la médula de sus huesos.

El jovencito infeliz padecía una hipcondría que hubiese ablandado las piedras. Era capaz de permanecer silencioso, apoyado en una butaca, una hora entera, arreglándose las uñas con el cortaplumas, ó cortando un mondadientes de madera durante una conversación, sin decir palabra, ni alzar los ojos de su grosero trabajo. Otras veces colocándose en el vano de una gran ventana gótica, hojeaba un li-

bro latino, edición preciosa de Cambridge, y allí se quedaba fijo, volviendo hoja tras hoja, sin cuidarse del mucho ruido que hacían las mujeres. Con todo, no obstante sus asperezas; daba señales de bondad. Cumplía sus obligaciones de hijo y hermano; pero sin ir un punto más allá del estricto deber. Con Julia no salía de las palabras que prescribe la buena educación, no pecando por carta de más, sino por carta de menos. No pasaba de preguntarle la significación de una frase que no entendía por sí, ó de pedirle que leyese un trozo de francés con buena pronunciación, ó aldenos exámetros de autor latino, por el gusto de conocer su valor métrico, mucho guás armonioso en boca italiana que en la boca inglesa. Sus relaciones con Julia terminaban allí; necesitábase toda la superfiña malevolencia de miss Mary para inventar seducciones amorosas.

En otro terreno, era un poco mayor el éxito de la guerra de miss Mary contra su rival. No concluía de referir sus erudiciones históricas, en las cuáles creía estar sumamente segura. Sin embargo de hallarse Julia medianamente versada en aquel ramo de culta educación; al devanar la madeja de los cien reinos efímeros ó miscros-

cópicos de la Gran Bretaña, vacilaba frecuentemente. Las hostilidades se abrían ordinariamente bajo forma cortés y disimulada. Miss Mary fingía promover dificultades á sus discípulas, ó hermohear su discurso con alusiones á los hechos y monumentos de la historia patria. Tenía buen cuidado de interrogar á Julia, y hacerla intervenir con dudas é interrogaciones dirigidas á ella, por el gusto de que vacilase, se confundiese y se avergonzase de su ignorancia sobre las crónicas inglesas. Añadía centenares de sucesos y de nombres, no sin alguna palabra despreciativa, á manera de paréntesis, contra los forasteros, naturalmente poco prácticos en los importantísimos acontecimientos de la Gran Bretaña.

Julia perfectamente sentía el veneno del proceder villano de la profesora, y no le hubiera sido difícil tomar el desquite, envolver á su adversaria con estrategia semejante, sacarla fuera de su terreno ventajoso, y empeñar batalla en otro favorable para ella. Más fácil le hubiera sido, porque su palabra corría segura, y miss Mary, en saliendo de las crónicas de su país, era un pez fuera del agua. Mas Julia

SECCION RECREATIVA 13

no sabía defenderse de ataques indignos; tomaba expedita y segura el partido de reputarse discípula de la orgullosa maestra, escuchando con avidez sus doctas citas, no queriendo mostrarse de ningún modo herida por sus flechazos, y confesando modestamente que le interesaban mucho las historias del país, como también que las hubiese aprendido con tanto placer como las de Italia. Hasta llegó á pedir bellamente á miss Mary algunos libros, á fin de aprenderlas. Mas la vieja, muy astuta, después de haber confiscado todos los que había en la casa referentes al asunto, negóse á prestarlos, bajo el pretexto de que los tenía continuamente á la mano para sus lucubraciones históricas, siendo, como si dijéramos, los chismes de su arte. Necesitó la joven aprovecharse de un paseo á Newcastle para comprar algunos volúmenes, que, estudiados con gran perseverancia, la elevaron pronto á gran altura, pudiendo decir su parecer sobre las erudiciones de miss Mary. Viendo ésta el mal resultado de su intento, se olvidó poco á poco de sus ciencias más queridas, dejando á dormir su repertorio de mesa y de salón.

Con sus astucias consiguió lo contrario de lo que se proponía. Mistress Needle,

que no carecía de buen juicio, sin dar claramente á entender que notaba las innobles contiendas, comprendía muy bien su objeto y su valor. Aplaudía en su corazón el franco y modesto proceder de Julia, causándole aseo el tortuoso é indigno de la vieja. Sin embargo, nunca le pareció propio de su dignidad descender al palenque como pacificadora, ó preparar de algún modo una intervención. Fué muy diferente cuando se trató de hacer otro viaje por Italia. Resuelta entonces á quitarse de su alrededor la enfadosa peste de pedantería que muchos días zumbára en sus orejas, llamó á miss Mary á su gabinete, mientras Julia entreteníase en dar la lección de italiano á las niñas. Con buenos modos, mas demostrando su firme propósito, le dijo:—Oid, miss Mary; sabiendo que de mala gana emprendeis largos viajes fuera del país, os quiero contentar.

—Con vos, empero, iré siempre con placer, dijo interrumpiéndola.

—No, no: he tomado mis resoluciones, y esta vez no puede hacerse de otra manera. Ya conoceis las condiciones tristes de la parroquia; existe siempre la maldita levadura, ó más bien, la zizaña mal arran-

cada de los puseistas. Quiero saber todo cuanto suceda.

—Está el agente de las minas, que pudiera . . .

—No lo creo bastante cuidadoso. Además, de puseismo y de la alta iglesia entiende tanto como de árabe; por añadidura, siempre su cabeza está en los salarios, en las huelgas y en los desastres. Se necesitan mujeres para estas investigaciones. Te confío la cosa más delicada que hay aquí: me debes representar cerca del reverendo rector, é informarte de lo que suceda, de lo que se maquine, y de todo. Escríbeme á lo menos una vez por semana.

Miss Mary se hubiera quedado con muchísimo gusto en Parque verde en otras circunstancias; pero en aquellas por ningún caso del mundo hubiera querido separarse de su señora. Afligíale la cruel sospecha de que quizá Julia, siguiendo sin rival con la familia, tomaría el timón en los tres meses. De todas maneras, comprendiendo que mistress Needle no prescindiría de su determinación, tragó la píldora muy amarga, y puso buen semblante. En secreto después refunfuñaba con la servidumbre:—Ya no se respetan los cabellos blancos . . . ¡No parece sino que haya

miss Julia hechizado á la señora! ¡Sólo faltaba esto, que se enamorase de una mujercilla italiana . . .! No quisiera que le sucediese ningun mal, ni tampoco á sus hijas.

Al siguiente día, en el castillo del Parque verde sólo se hablaba de viajes. Italia y Florencia estaban en las bocas de todos. Estudiábanse los mapas; se sacaban de sus fundas las guías y el *livret Chaix*; se soñaba y se decían cosas poéticas sobre el paso de los Alpes. Las imaginaciones daban el adiós á los montes de abetos y de pinos, así como á las nieblas de los valles de Northumbria. Navegaban á través del Canal de la Mancha, y á gran vapor; iban volando por los caminos de hierro franceses, y gozaban de antemano el cielo de Florencia, que las niñas juzgaban naturalmente muy parecido al de Nápoles, gozado en el año anterior. Hervía la obra de los preparativos. Clara y Clemencia corrían adelante y atrás, muy ocupadas en recoger sus papeles y sus juguetes, así como en pedir incesantes consejos á Julia sobre lo que debían llevarse y lo que debían dejar. John, calmoso, calmoso, reunía libros de bolsillo, pipas y boquillas de fumar. Julia arreglado prontamente su baúl, se

volvía toda ojos y toda manos, á fin de ayudar en sus preparativos á la señora y á sus hijas. Mistress Needle acumulaba principalmente un tesoro de biblias, á fin de que ni á la familia ni á la servidumbre faltase el pasto espiritual.

Decía la señora:—Vamos á pasar el invierno en Florencia.—No revelaba enteramente su plan; porque si bien había verdaderamente resuelto pasar tres meses ó cuatro en la ciudad de las flores, tenía puesta mira en algún punto intermedio, al que volaba en espíritu. Ansiaba restaurar allí su devoción, sin hacer demostraciones ni ruidos, para que no se disgustase Julia, á la que creía poco devota de su santuario.

Miss Mary se despidió sin descender hasta el estribo del coche, bajo el pretexto de reuma en las rodillas. Leíase en su cara la cólera y el despecho. Saludó á todos, dando también á Julia un medio adiós lo más friamente que supo, y diciendo en su corazón:—Si no volvieses más, no sería yo quien te llorase.

Así partían.

XIII.

FRÉJUS

Clara escondía su cabeza en el regazo de su madre, siguiendo abrazada estrechamente con ella. Clemencia calmaba de modo semejante las palpitaciones de su corazón en los brazos de Julia. Habían entrado casi en el *túnel* entre Modáne y Bordonechia. ¡Pensar que dentro de las oscuras vísceras del monte quedaban por recorrer doce mil metros! Tanto Julia como la señora Needle habían procurado prevenir á las criaturas contra las opresiones del miedo; en toda la subida por la extensión del valle del Arco habían encarecido incesantemente la hermosura, la alegría y las ven-